



# International Journal of Clinical and Health Psychology

www.elsevier.es/ijchp



## ARTICULO ORIGINAL

# Peer sexual harassment in adolescence: Dimensions of the Sexual Harassment Survey in boys and girls

Esther Vega-Gea<sup>a,b,\*</sup>, Rosario Ortega-Ruiz<sup>a,c</sup>, Virginia Sánchez<sup>b</sup>

<sup>a</sup>Universidad de Córdoba, España

<sup>a</sup>Universidad de Sevilla, España

<sup>a</sup>University of Greenwich, Reino Unido

Recibido el 13 de mayo de 2015; aceptado el 10 de agosto de 2015

### PALABRAS CLAVE

Adolescencia;  
acoso sexual;  
análisis factorial  
confirmatorio (AFC);  
estudio ex post facto.

### Acoso sexual en adolescentes: dimensiones de la Escala de Acoso Sexual en chicos y chicas

#### Resumen

**Antecedentes/Objetivo:** El fenómeno del acoso sexual entre adolescentes es un tópico que está tomando especial relevancia en las últimas décadas, si bien, no existe aún un consenso general sobre su naturaleza, prevalencia y dimensiones. El presente trabajo ha contado con una muestra representativa de 3.489 adolescentes andaluces del segundo ciclo de Educación Secundaria Obligatoria y Bachillerato, y se ha centrado principalmente en dos objetivos fundamentales: testar la estructura factorial de la escala de violencia sexual en chicas y chicos; y analizar su prevalencia entre los adolescentes. **Método:** Para ello se han realizado análisis descriptivos y análisis factoriales confirmatorios (AFC), que han permitido explorar la naturaleza del fenómeno y describir su prevalencia. **Resultados:** Los resultados obtenidos en esta investigación han puesto de manifiesto la existencia de una estructura bidimensional del fenómeno, en la que se distingue un factor visual-verbal y un factor físico de acoso sexual, en chicos y chicas. Respecto a la prevalencia, los resultados han señalado una alta prevalencia de implicación en acoso sexual durante la adolescencia, en chicos y en chicas, aunque con diferencias, siendo que los chicos afirmaron estar más implicados en victimización y agresión. **Conclusiones:** También se destaca la importancia que tiene analizar el fenómeno en mayor profundidad.

© 2015 Asociación Española de Psicología Conductual. Published by Elsevier España, S.L.U. This is an open access article under the CC BY-NC-ND license (<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>).

\*Correspondencia: Avda. San Alberto Magno, s/n, 14004, Córdoba, España.  
Correo electrónico: esther.vega@uco.es (E. Vega-Gea)

**KEYWORDS**

Adolescence;  
Sexual harassment;  
Confirmatory factor  
analysis (CFA);  
Ex post facto study.

**Abstract**

*Background/Objective:* The phenomenon of adolescent sexual harassment is a topic that has taken on special relevance in recent decades. However, general consensus regarding its nature, prevalence and dimensions has yet to emerge. This study used a representative sample of 3,489 Andalusian adolescents from the second stage of Compulsory Secondary Education (E.S.O.) and the Spanish Baccalaureate (*Bachillerato*), and it is primarily focused on two main objectives: to test the factor structure of the “sexual harassment” scale in boys and girls, and to analyze the prevalence of the sexual harassment among adolescent students. *Method:* Descriptive analyses and confirmatory factor analysis (CFA) were performed, allowing us to explore the nature of the phenomenon and to describe its prevalence. *Results:* The results obtained revealed a two-dimensional structure of this scale in both boys and girls: one dimension reflecting visual-verbal forms of sexual harassment and the second dimension including physical forms. Regarding to prevalence, the outcomes shown a high prevalence of sexual harassment involvement across both sexes during adolescence. However, boys were more involved in victimization and aggression than girls. *Conclusions:* The importance of analyzing the phenomenon in greater depth is also highlighted.

© 2015 Asociación Española de Psicología Conductual. Published by Elsevier España, S.L.U. This is an open access article under the CC BY-NC-ND license (<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>).

El fenómeno del acoso sexual entre adolescentes es un tópico de investigación que está tomando especial relevancia en las últimas décadas, desde que se diera a conocer el estudio realizado por la American Association of University Women, AAUW (1993). Este trabajo dibujaba un panorama con una alta prevalencia de acoso sexual entre los estudiantes de Educación Secundaria (Hill y Kearn, 2011; Leaper, Brown y Ayres, 2013; Lichty y Campbell, 2012), lo que despertó el interés de investigadores y educadores de todo el mundo, y logró que éstos reconocieran el acoso sexual adolescente como un asunto que perturba la salud pública (Bucchianeri, Eisenberg y Neumark-Sztainer, 2013; Munford, Okamoto, Taylor y Stein, 2013) e interfiere en el proyecto educativo de los centros y los escolares (Vicario-Molina, Fuertes y Orgaz, 2010). La literatura sobre este fenómeno recoge un número creciente de investigaciones (Cortés et al., 2014; Mumford et al., 2013; Ortega y Sánchez, 2011; Ortega, Sánchez, Ortega-Rivera, Nocentini y Menesini, 2010; Wei y Chen, 2012; Zych y Quevedo-Blasco, 2011), que sugieren que un porcentaje considerable de estudiantes de secundaria ha sido, alguna vez, objeto de conductas no deseadas que pueden ser consideradas acoso sexual.

A pesar de este creciente interés por el estudio del acoso sexual entre iguales, no existe aún una definición única para este fenómeno, encontrando enfoques de género, psicológicos, jurídicos, sociológicos, psicoeducativos o psicoevolutivos (Bucchianeri et al., 2013; Conroy, 2013; Espelage, Basile y Hamburger, 2012; Petersen y Hyde, 2013; Tillyer, Wilcox y Gialosopos, 2010).

Nosotras definimos el acoso sexual adolescente entre iguales como “un comportamiento de naturaleza sexual no deseado que provoca estrés, malestar e incomodidad en las víctimas, y que interfiere en la vida social de los y las estudiantes. El acoso sexual incluye diferentes comportamientos tales como insultos y motes con connotaciones sexuales, los comentarios sexuales, los rumores, miradas y gestos obscenos, los intentos de contacto sexual no deseados, y los ataques físicos” (Ortega et al., 2010 p. 248). Desde una perspectiva psicoevolutiva, el acoso sexual se analiza en relación a

factores ligados al desarrollo puberal que desencadenan el despertar del deseo y el interés sexual por los otros (Ortega et al., 2010; Shute, Owen y Slee, 2008). Así, el cada vez mayor interés por los iguales, unido a la falta de habilidades de los adolescentes para expresar el interés sexual, puede constituir en sí mismo un riesgo para que surjan episodios de acoso sexual entre los jóvenes (McMaster, Connolly, Pepler y Craig, 2002; Petersen y Hyde, 2013). Diversos estudios confirman esta perspectiva, siendo que el estatus puberal incrementa tanto la agresión como la victimización sexual (Pepler, Craig, Connolly, Yulie y McMaster, 2006), y el inicio de las relaciones de pareja aumenta el riesgo de experimentar acoso sexual de parte de compañeros del sexo opuesto (Schnoll, Connolly, Josephson, Pepler y Simkins-Strong, 2015).

La prevalencia del fenómeno resulta alarmante entre la población adolescente, con tasas de prevalencia que varían desde el 20% al 84% (AAUW, 2011; Bucchianeri et al., 2013; Charmaraman, Jones, Stein y Espelage, 2013), con chicos mostrando mayor implicación que las chicas en agresión (AAUW, 2011; Attar-Schwartz, 2013) y porcentajes similares en victimización (McMaster et al., 2002; Mumford et al., 2013). No obstante, esta disparidad en los datos resulta controvertida y da cuenta de la laguna existente en la investigación respecto a la medida del fenómeno, siendo que algunos estudios usan un único ítem para medir el acoso sexual entre iguales y otros utilizan escalas más amplias. Los modelos teóricos han influido bastante en la consideración del fenómeno como un constructo mono-dimensional (Menesini y Nocentini, 2008; Schnoll et al., 2015), bidimensional (Ortega et al., 2010; Witkowska y Kjellberg, 2005) o tridimensional (Ormerod, Collinsworth y Perry, 2008). Esta consideración es importante tenerla en cuenta ya que las medidas mono-dimensionales suelen elevar bastante las tasas de prevalencia. Los modelos bidimensionales, aunque con matices importantes, suelen diferenciar las formas físicas de otras formas de acoso (Ortega et al., 2010). Los que provienen de la perspectiva de género, incluyen además el acoso de género, diferenciando por tanto entre estas formas de acoso, las atenciones sexuales no deseadas y la

coerción sexual (Ormerod et al., 2008). Esta variabilidad en las dimensiones no ha venido acompañada, sin embargo, de estudios concluyentes que hayan profundizado en la estructura factorial del constructo a partir de Análisis Factoriales Confirmatorios. Por ejemplo, el modelo tridimensional de Fitzgerald, Gelfand y Drasgow (1995) ha recibido apoyo moderado, siendo que algunos trabajos han confirmado su estructura, mientras que en otros estudios los datos no han ajustado, siendo más idóneos los modelos de dos dimensiones (Espelage et al., 2012; McMaster et al., 2002; Ortega et al., 2010; Wei y Chen, 2012; Witkowska y Kjellberg, 2005). Lo que sí se ha revelado como concluyente es la necesidad de diferenciar entre chicos y chicas, ya que los estudios apuntan que la vivencia, interpretación y expresión del fenómeno es distinta en función del género (Witkowska y Kjellberg, 2005). A este panorama hay que añadir que los marcos temporales utilizados en las investigaciones han sido muy dispares, desde estudios que consideran toda la vida de los jóvenes (AAUW; 2011), pasando por otros trabajos que se sitúan en los últimos dos meses (Ortega et al., 2010; Schnoll et al., 2015) hasta estudios que se han restringido a las últimas semanas (McMaster, et al., 2002).

En síntesis, estos resultados indican que la operativización del constructo del acoso sexual entre iguales sigue necesitando de más estudios que profundicen en sus dimensiones y estimen de manera más ajustada su presencia entre los adolescentes. En este marco se sitúa este estudio.

Los trabajos realizados en España son todavía escasos y se han centrado, fundamentalmente, en las relaciones de pareja (Fernández-Fuertes, Fuertes y Pulido, 2006; Rodríguez-Franco et al., 2012; Sierra, Bermúdez, Buela-Casal, Salinas y Monge, 2014; Ureña, Romera, Casas, Viejo y Ortega-Ruiz, 2014). Uno de los primeros estudios descriptivos, que utilizó los ítems más frecuentes del cuestionario *Sexual Harassment Survey* (AAUW, 1993), reveló unos índices de prevalencia del 69,4% para la agresión y un 52,9% para la victimización (Ortega, Ortega-Rivera y Sánchez, 2008), en la línea de estudios previos que utilizaron la misma medida (McMaster et al., 2002; Menesini y Nocentini, 2008). Vicario-Molina et al. (2010) avanzó en este sentido, describiendo datos de la presencia de comportamientos concretos de naturaleza verbal y física en chicos y chicas. Específicamente, los autores encontraron que los insultos sexuales fueron cometidos por más de la mitad de los chicos y chicas del estudio mientras que los intentos de acercamiento sexual no deseados fueron los más recibidos. Sin embargo, el estudio fue de naturaleza descriptiva, sin profundizar en el significado de los comportamientos agresivos de naturaleza sexual a través de la utilización de procedimientos metodológicos exhaustivos. Ortega y colaboradores (2010), utilizaron la *Sexual Harassment Survey* (AAUW, 1993) para testar diferentes modelos de victimización en una muestra de chicas españolas e italianas adolescentes. El instrumento fue desarrollado en 1993 (AAUW, 1993) para analizar la variedad de comportamientos que pueden ser expresiones de acoso sexual entre iguales en la adolescencia (desde comportamientos visuales-verbales a físicos). Los resultados confirmaron una estructura factorial compuesta por dos dimensiones: la visual-verbal y la física, que mostró ser invariante en los dos países estudiados. Los autores concluyeron que estas dos dimensiones latentes eran diferentes no solo

en el tipo de comportamientos que englobaban, sino también en términos de su severidad, considerando las formas visuales-verbales como moderadas, y las formas físicas, graves. Las tasas de prevalencia apuntaron que un 65,6% afirmaron haber recibido insultos y vejaciones visuales-verbales de parte de sus compañeros, mientras que un 16,6% lo fue de comportamientos con contacto sexual físico. Este trabajo supuso un avance en la comprensión del fenómeno del acoso sexual entre iguales, pero se limitó a profundizar en la victimización femenina, sin explorar la victimización masculina ni tampoco la agresión. En esta línea, Witkowska y Kjellberg (2005), intentaron probar la estructura bidimensional para chicos y chicas, no hallando un buen ajuste para los chicos en comparación con las chicas. Considerar los elementos comunes y diferenciales de las dimensiones latentes del constructo del acoso sexual en chicos y chicas es importante puesto que permitirá avanzar en el significado y expresión que ellos y ellas hacen del fenómeno.

A partir de la literatura revisada, este estudio tuvo como objetivo profundizar en el análisis de las dimensiones del acoso sexual entre iguales en la adolescencia. Siguiendo el modelo de victimización sexual desarrollado por Ortega y colaboradores (2010), este estudio testará el modelo propuesto en chicos y chicas, considerando la victimización y la agresión. Desde nuestro conocimiento, no existen estudios que hayan testado modelos para la agresión y la victimización en nuestro país, por lo que creemos que este estudio contribuirá, de forma significativa al cuerpo de estudios sobre el constructo del acoso sexual entre iguales y el desarrollo de instrumentos de medida fiables y ajustados. Dado que en nuestro país se ha testado un modelo de dos dimensiones: las formas visuales-verbales y las formas físicas (Ortega et al., 2010; Witkowska y Kjellberg, 2005). El segundo objetivo fue presentar los resultados de prevalencia del fenómeno a partir de los modelos testados. Como en estudios anteriores, se espera una mayor prevalencia de chicos que de chicas tanto para la agresión como para la victimización (Attar-Schwartz, 2013; Vicario-Molina et al., 2010). El diseño de investigación de este estudio está considerado como un estudio transversal descriptivo (Montero y León, 2007; Ramos-Álvarez, Moreno-Fernández, Valdés-Conroy y Catena, 2008), tomando como muestra de estudio al alumnado de Educación Secundaria y Bachillerato de Andalucía.

## Método

### Participantes

Tres mil cuatrocientos ochenta y nueve ( $N= 3.489$ ) estudiantes del segundo ciclo de Educación Secundaria Obligatoria (E.S.O.) y Bachillerato de Centros de Enseñanza Secundaria de las ocho provincias de Andalucía (España) participaron en el estudio (chicas 51,1% y chicos 48,9%). El rango de edad fue de entre 12 y 18 años (edad media =16,85;  $DT = 1,24$ ). La muestra se determinó en base a un muestreo aleatorio simple, utilizando los niveles de Educación Secundaria Obligatoria y Bachillerato como muestras independientes y calculando el número de participantes correspondiente en función a estos niveles (Moreno, Martínez y Chacón, 2000). Se consultaron los datos que figuraban en la "Estadística de

la Educación en Andalucía” de la Unidad Estadística de la Consejería de Educación de la Junta de Andalucía. Utilizando una tabla de números aleatorios, se seleccionaron un total de 48 centros: 28 de Educación Secundaria Obligatoria y 20 de Bachillerato.

### Instrumento

Sexual Harassment Survey (AAUW, 1993). Se utilizó la versión adaptada por Ortega y colaboradores (2010). Muchos estudios han usado este instrumento para medir el acoso sexual en la adolescencia (McMaster et al., 2002; Ortega et al., 2010). El cuestionario preguntaba a los estudiantes con qué frecuencia habían realizado o recibido una variedad de comportamientos sexuales durante los últimos tres meses. Las instrucciones del cuestionario indicaban explícitamente que se reportaran exclusivamente comportamientos sexuales no deseados. Trece ítems medían la agresión y otros trece ítems medían la victimización en una escala de cinco puntos (0= *nunca*; 4= *todos los días*).

### Procedimiento

El instrumento fue administrado previo consentimiento por parte de las familias y del centro, dentro del horario escolar en sesiones de 60 minutos, por investigadores entrenados para ello. Se informó al alumnado que los cuestionarios que iban a cumplimentar eran totalmente anónimos. La tasa de rechazo de los estudiantes para completar el cuestionario fue del 1%. Se disponía de un protocolo de aplicación del cuestionario para evitar posibles sesgos en la recogida de los datos (Moreno et al., 2000).

### Análisis de datos

Previo a los AFC, se analizó la ocurrencia de cada uno de los ítems para la agresión y victimización sexual en chicos y chicas. En todos los casos, la frecuencia de los ítems fue de al menos 1% excepto para la agresión femenina, donde cuatro ítems presentaron porcentajes de ocurrencia inferiores (ítems 7, 8, 9 y 12), de acuerdo a estudios previos (McMaster et al., 2002; Ortega et al., 2010) estos ítems no fueron considerados en el análisis (véase Tabla 1). Se utilizó el software estadístico LISREL 9.1. (Jöreskog y Sorbom, 2012) para realizar análisis factoriales confirmatorios. Se testaron dos modelos para la agresión y dos modelos para la victimización en chicos y chicas separadamente: un modelo unidimensional, compuesto por todos los comportamientos que incluye el instrumento, y el modelo bidimensional (visual-verbal y física). Dada la distribución no normal de la población de estudio, el elevado tamaño muestral, el formato de respuesta ordinal (Flora y Curran, 2004), y factores de correlación altos (Holgado-Tello, Chacón-Moscoso, Barbero-García, y Vila-Abad, 2010), se utilizó el método de estimación *diagonally weighted least squares* (DWLS), en el cual la estimación se basa en una matriz de covarianza asintótica de los datos (Morata-Ramírez y Holgado-Tello, 2013). Para comparar la idoneidad de los modelos propuestos se consideraron los índices propuestos por Hu y Bentler (1999): CFI, GFI y el NNFI por encima de 0,95, el RMSEA, por debajo de 0,05, y el SRMR -valor menor a 0,08 aceptable y menor a 0,05 adecuado-. El

Tabla 1 Porcentaje de ocurrencia de comportamientos de acoso sexual entre iguales.

	V. chicas	V. chicos	A. chicas	A. chicos
1. Mirar o hacer comentarios, bromas o gestos guarros	42,3%	46,6%	11,0%	36,1%
2. Apretarse con intenciones sexuales	8,2%	22,2%	3,4%	17%
3. Hacer bromas o crear falsos rumores	9,9%	19,4%	5,7%	15,5%
4. Llamar “marica”, “lesbiana”, “prostituta” u “homosexual”	10,9%	24,5%	16,8%	33%
5. Enseñar el culo u otras partes del cuerpo	18,3%	26,8%	2,3%	17,5%
6. Tirar, subir o bajar la ropa con intenciones sexuales	3,7%	10,7%	1,3%	8,6%
7. Parar y empujar contra la pared con intenciones sexuales	2,9%	7,5%	0,8%	5%
8. Obligar o forzar a hacer algún acto sexual más que besar	1,3%	3,7%	0,4%	3%
9. Obligar o forzar a besar	3,5%	7,1%	0,8%	3,9%
10. Tocar, agarrar o pellizcar con intenciones sexuales	4,7%	14,1%	0,8%	10,7%
11. Enseñar, dar o dejar imágenes sexuales, fotografías, mensajes o notas guarros	6,2%	17,3%	1,1%	9,3%
12. Escribir mensajes o dibujos sexuales (por ejemplo en los baños, en un libro, en los vestuarios...)	3,8%	9,5%	1,1%	5,8%
13. Bajar o subir la ropa	4%	13,4%	2,2%	10,9%

Nota. V: victimización; A: agresión; N = 3.489; perdidos = 0,6%. n chicas = 1.770; n chicos = 1.697.

**Table 2** Índices de ajuste del acoso sexual entre iguales

	<i>N</i>	<i>RMSEA</i>	$\chi^2$	<i>df</i>	$\chi^2/df$	<i>NNFI</i>	<i>CFI</i>	<i>SRMR</i>	<i>GFI</i>	<i>ECVI</i>	<i>PGFI</i>
<i>Victimización femenina</i>											
Modelo 1 <sup>a</sup>	1496	0,032	230,75	65	3,55	0,99	0,99	0,09	0,99	0,18	0,70
Modelo 2 <sup>b</sup>	1496	0,030	171,81	64	2,68	0,99	0,99	0,06	0,99	0,15	0,70
<i>Victimización masculina</i>											
Modelo 1 <sup>c</sup>	1315	0,043	306,62	65	4,71	0,99	0,99	0,07	0,98	0,27	0,70
Modelo 2 <sup>d</sup>	1315	0,040	247,94	64	3,87	0,99	0,99	0,06	0,99	0,23	0,70
<i>Agresión femenina</i>											
Modelo 1 <sup>e</sup>	1538	0,023	101,54	27	3,76	0,99	0,99	0,09	0,99	0,09	0,59
Modelo 2 <sup>f</sup>	1538	0,023	73,01	26	2,80	0,99	0,99	0,07	0,99	0,07	0,57
<i>Agresión masculina</i>											
Modelo 1 <sup>g</sup>	1389	0,0300	225,83	65	3,47	0,99	0,99	0,07	0,99	0,20	0,71
Modelo 2 <sup>h</sup>	1389	0,0295	204,04	64	3,18	0,99	0,99	0,06	0,99	0,18	0,70

*Nota.* <sup>a</sup>Modelo uni-dimensional:  $\alpha=0,79$ . <sup>b</sup>Modelo bi-dimensional: visual-verbal  $\alpha=0,66$  y físico  $\alpha=0,85$ . <sup>c</sup>Modelo uni-dimensional:  $\alpha=0,87$ . <sup>d</sup>Modelo bi-dimensional: visual-verbal  $\alpha=0,76$  y físico  $\alpha=0,88$ . <sup>e</sup>Modelo uni-dimensional:  $\alpha=0,71$ . <sup>f</sup>Modelo uni-dimensional: visual-verbal  $\alpha=0,61$  y físico  $\alpha=0,75$ . <sup>g</sup>Modelo uni-dimensional:  $\alpha=0,89$ . <sup>h</sup>Modelo bi-dimensional: visual-verbal  $\alpha=0,79$  y físico  $\alpha=0,90$ .

índice de bondad de ajuste de parsimonia (PGFI) tiene en cuenta la complejidad del modelo hipotético en la evaluación del ajuste global del modelo. Un valor de PGFI igual a 0,67 es aceptable (Byrne, 2013). Se midió el ECVI (Browne, 2000) para realizar una comparación de modelos, siendo que el modelo que presentase un ECVI menor tendría el mayor potencial de replicabilidad (Morata-Ramírez y Holgado-Tello, 2013). Para calcular la implicación en victimización y agresión sexual visual-verbal y física se dicotomizaron las puntuaciones obtenidas, siendo que se computó como cero cuando los adolescentes afirmaron no haberse visto implicados ni como agresores ni como víctimas en ninguno de los comportamientos analizados, mientras que fueron considerados implicados si contestaban afirmativamente a alguno de los ítems. La Tabla 3 presenta los porcentajes de implicación.

## Resultados

El ítem más frecuente tanto en chicos como en chicas tanto para la agresión como para la victimización fue el ítem 1: "Mirar o hacer comentarios, bromas o gestos guarros", mientras que el menos frecuente fue el ítem ocho: "Obligar o forzar a hacer algún acto sexual más que besar" (véase Tabla 1).

## Análisis Factorial Confirmatorio

Se testaron modelos para la victimización y agresión femenina y masculina, obteniendo un total de ocho modelos: cuatro mono-dimensionales y cuatro bidimensionales. Los modelos unidimensionales contaron con 13 ítems para la agresión masculina y la victimización masculina y femenina. En el caso de la agresión femenina, los modelos contaron con 9 ítems. Los modelos bidimensionales diferenciaron la agresión y victimización visual-verbal (ítems 1, 3, 4, 5, 11 y 12) y agresión y victimización física (2, 6, 7, 8, 9, 10 y 13). Para la agresión femenina, la escala física estuvo compuesta por tres ítems (2, 6 y 13). Las puntuaciones medias y las desviaciones estándar de las escalas fueron: agresión visual-verbal -chicas  $M = 0,09$ ;  $DT = 0,22$ ; chicos  $M = 0,35$ ;  $DT = 0,56$ ;

agresión física -chicas  $M = 0,03$ ;  $DT = 0,19$ ; chicos  $M = 0,15$ ;  $DT = 0,46$ ;

victimización física -chicas  $M = 0,05$ ;  $DT = 0,22$ ; chicos  $M = 0,18$ ;  $DT = 0,44$ .

La Tabla 2 recoge los resultados obtenidos. Los índices de ajuste fueron correctos tanto para los modelos unidimensionales como para los bidimensionales. Los índices de fiabilidad de las escalas para los modelos unidimensionales fueron buenos. En cuanto a los modelos de dos dimensiones, los índices de fiabilidad fueron mejores para la escala física que para la visual-verbal, tanto en la agresión como en la victimización masculina y femenina, especialmente en las chicas. La fiabilidad fue aceptable en todos los casos, excepto para la victimización y agresión visual-verbal femenina, donde se encontraron valores ligeramente inferiores (0,66 y 0,61). La correlación entre los factores alcanzó valores de moderados a altos en todos los casos, alcanzando el 0,90 para la agresión sexual masculina. Este dato nos llevó a considerar si decantarnos por un modelo global o de dos dimensiones. Finalmente, y considerando que para los chicos el modelo unidimensional también podría ajustar a los datos, se decidió optar por el modelo bidimensional, a pesar de la alta correlación entre los factores latentes y de que no mostró un ajuste sustancialmente mejor que el modelo de un factor, por las siguientes razones: a) porque los índices globales de ajuste (RMSEA, NNFI, GFI y SRMR), b) la prueba  $\chi^2$  (chi-cuadrado/grados de libertad), c) el índice de replicabilidad (ECVI), d) y cargas factoriales y errores de los ítems resultaron mejores en los modelos de dos dimensiones. Además, según la teoría de Holgado et al. (2010), en el campo de la psicología y las relaciones interpersonales, y aún más si hablamos de fenómenos que cursan violencia, es muy probable que los comportamientos que se midan estén altamente relacionados, sin que por ello estén midiendo exactamente lo mismo. Otro hecho que apoyaría la decisión de adoptar el modelo de dos factores serían las recomendaciones de algunos autores que han estudiado la estructura dimensional del acoso sexual entre adolescentes, que probaron que las estructuras bidimensionales se ajustaban mejor a los datos que las de un solo factor, aunque las diferencias no fueran sustanciales entre

**Tabla 3** Implicación en victimización y agresión sexual visual-verbal y física en chicas y chicos.

	Victimización visual/verbal	Victimización física	Agresión visual/verbal	Agresión física
Chicas	53,1% (849)	14,2% (225)	25,7% (408)	5,1% (80)
Chicos	63,1% (943)	33,8% (503)	52,6% (781)	25,2% (372)

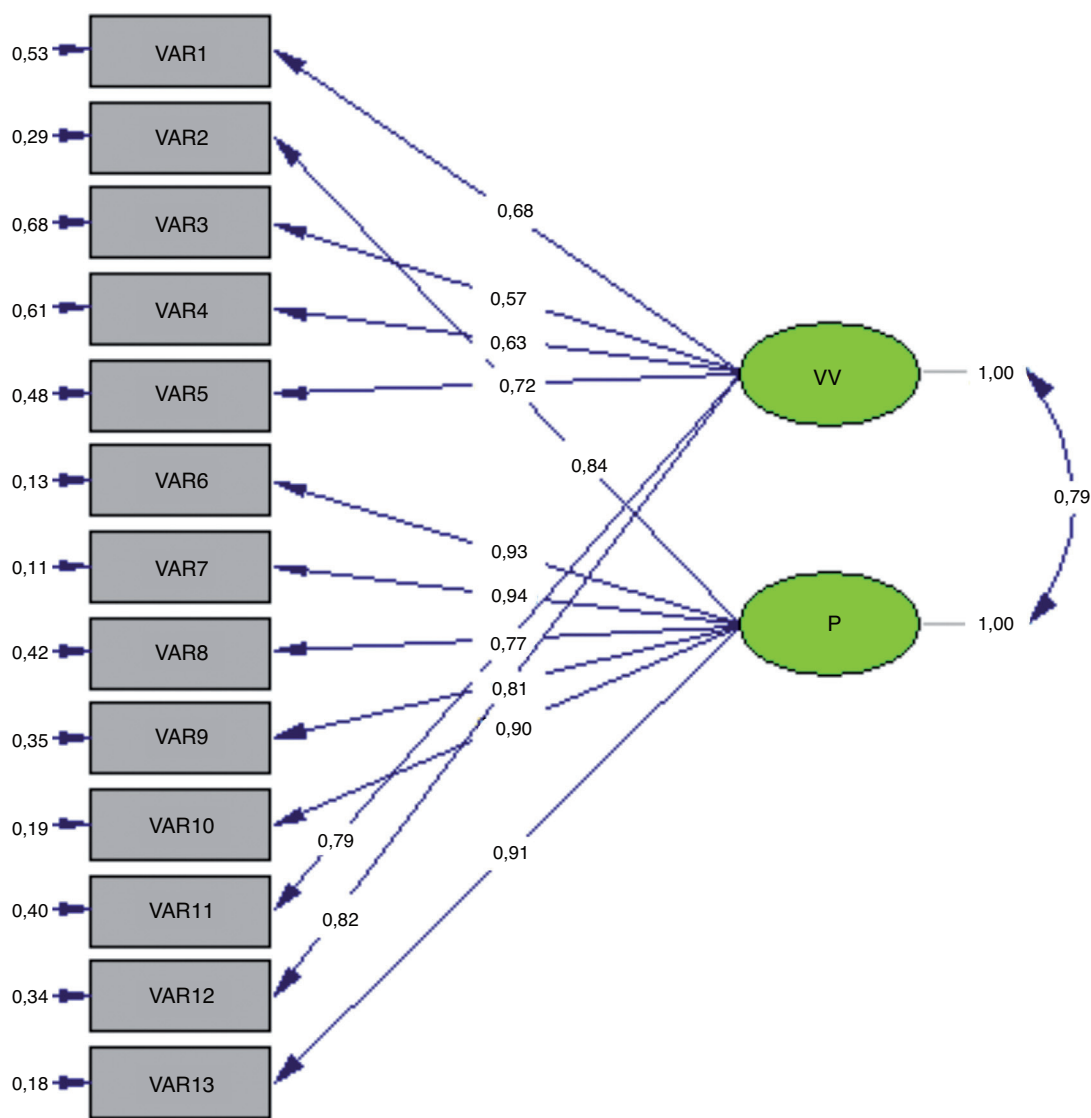
los modelos unidimensionales y bidimensionales.

Las soluciones gráficas de los modelos de agresión y victimización (véanse las Figuras 1, 2, 3 y 4) indicaron que todas las saturaciones fueron superiores a 0,50 e inferiores a 0,94.

**Acoso sexual adolescente**

Como se observa en los resultados, el mayor porcentaje de implicación se encontró en las formas visuales-verbales frente a las físicas, y en la victimización frente a la agre-

sión. Así, mientras que la victimización visual-verbal superaba el 50% en ambos sexos, la agresión visual-verbal masculina mantenía los mismos niveles en chicos pero se reducía al 25% en las chicas. Respecto a las formas físicas, la victimización alcanzaba alrededor de un 30% de implicación, mientras que la agresión no superaba el 25%. Los chicos se mostraron más implicados que las chicas tanto en las formas visuales-verbales como, y fundamentalmente, en las formas físicas.



**Figura 1** Modelo bidimensional de la victimización sexual femenina.

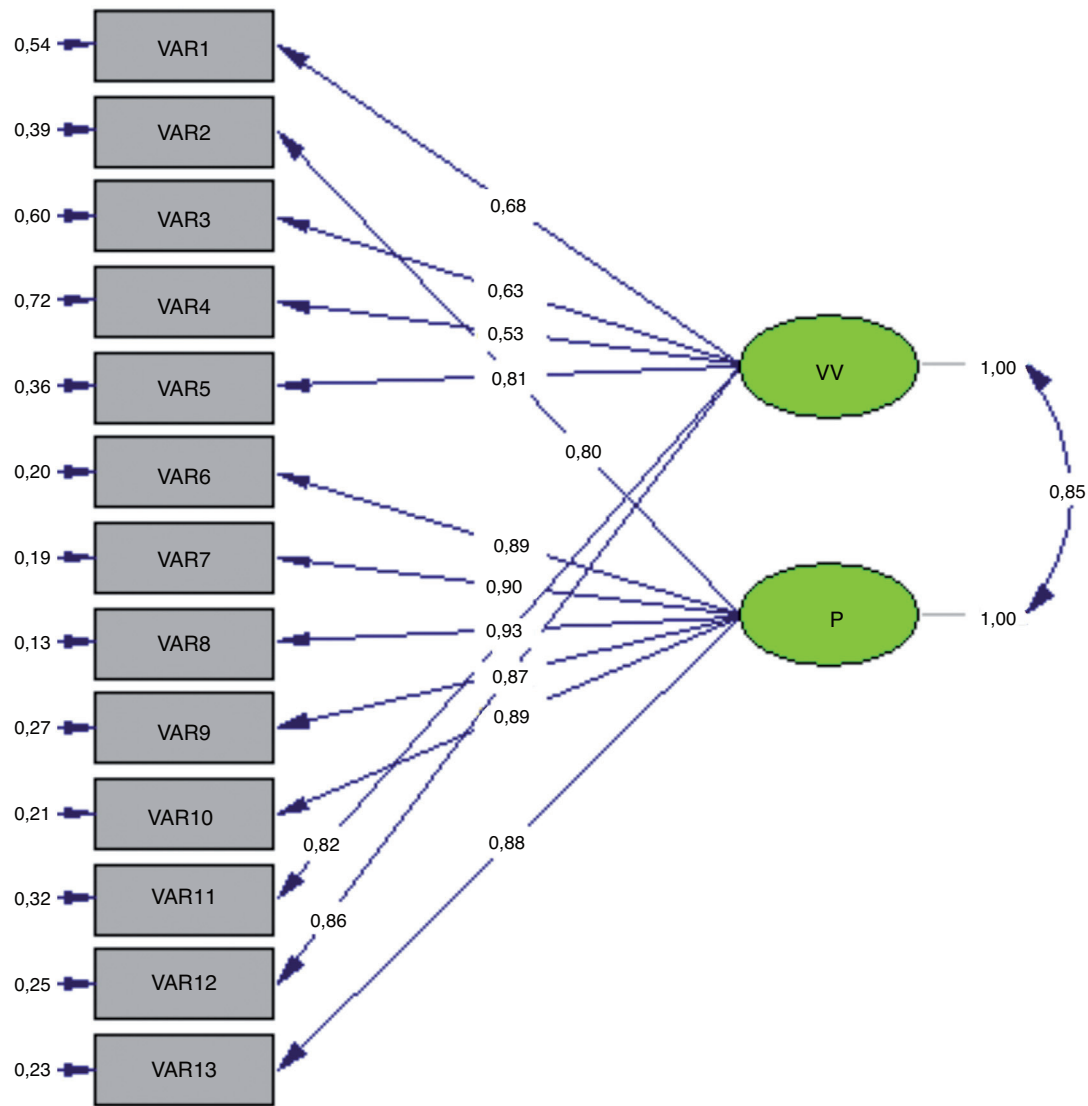


Figura 2 Modelo bidimensional de la victimización sexual masculina.

### Discusión y conclusiones

El primer objetivo de esta investigación fue testar el modelo unidimensional y bidimensional de la agresión y victimización sexual entre iguales, de forma separada por sexos, contribuyendo así al pequeño cuerpo de investigaciones sobre las dimensiones o factores del acoso sexual adolescente. Los resultados obtenidos para la victimización sexual en chicas y chicos, confirmaron que los modelos bifactoriales (visual-verbal y contacto físico) reportaban unos índices de ajuste y replicabilidad ligeramente más idóneos que los de un solo factor. Por tanto, se optó por adherirse a la línea de aquellos estudios que han defendido la estructura bidimensional como la más adecuada para definir el constructo del acoso sexual adolescente (McMaster et al, 2002; Ortega et al, 2010; Wei y Chen, 2012; Witkowska y Kjellberg, 2005).

Si comparamos nuestros resultados con aquellos obtenidos por estudios que utilizaron análisis estadísticos similares (AFC), encontramos que el modelo desarrollado en el

presente trabajo comparte la estructura de dos factores defendida por Witkowska y Kjellberg (2005), así como la validación del instrumento separadamente para chicas y chicos. Sin embargo, estas autoras no encontraron un modelo de victimización satisfactorio que ajustara en chicos y en chicas. Por lo tanto, los resultados encontrados en este estudio han significado un avance en la identificación de las dimensiones para la victimización y agresión femenina y masculina, destacando la importancia de los modelos de agresión y principalmente los masculinos, ya que se trata del primer estudio español que ha conseguido testar modelos en los que los datos de la agresión sexual ajustasen bien en ambos sexos, aunque ligeramente mejor en las chicas.

**Modelos de victimización.** Los análisis confirmatorios han probado que tanto los modelos de una dimensión como los de dos dimensiones ajustaron correctamente a los datos en la muestra femenina y masculina. No obstante, se consideró más idóneo el modelo de dos dimensiones (visual-verbal y física) tanto para chicos como para chicas porque los indi-

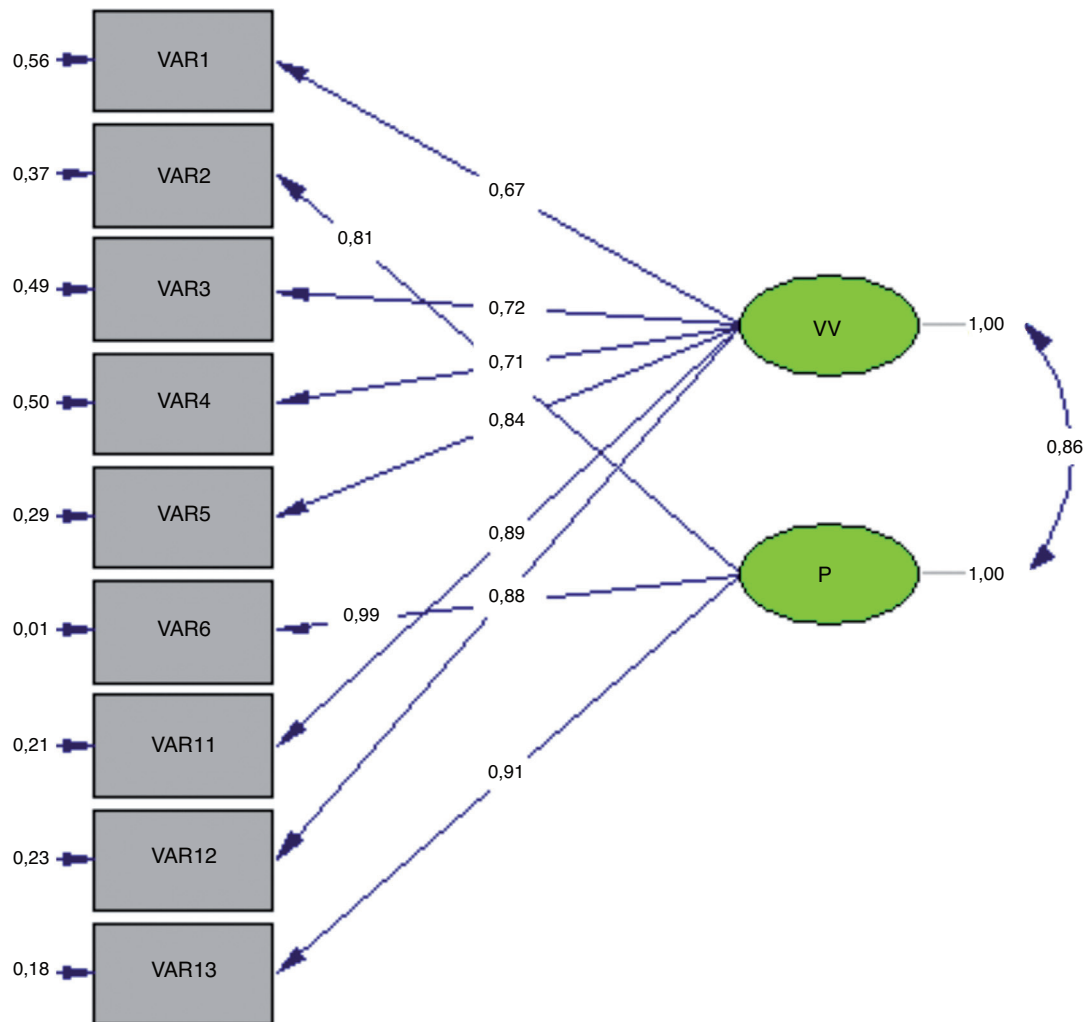


Figura 3 Modelo bidimensional de la agresión sexual femenina.

ces de ajuste así lo indicaron. Esto parece indicar que independientemente del sexo, en el acoso sexual entre iguales, los jóvenes perciben dos formas de victimización sexual, una caracterizada por insultos y comportamientos con un alto componente visual de naturaleza sexual, y otro caracterizado por incluir el contacto físico. Esto ha supuesto una aportación relevante al campo científico del acoso sexual adolescente ya que hasta el momento no existían modelos de victimización que ajustaran tanto en muestras masculinas como femeninas.

**Modelos de agresión.** Los modelos para la agresión femenina y masculina presentaron la misma estructura que los de la victimización, aunque con diferencias en el modelo femenino, en el que la escala de agresión sexual física quedó reducida de 7 a 3 ítems. En este sentido, parece que la estructura factorial es similar a la encontrada para la victimización femenina y masculina y para la agresión masculina; sin embargo, los resultados parecen apuntar la importancia que tiene la expresión de los comportamientos que ejercen y reciben unos y otras, ya que aunque la naturaleza parece ser la misma, la expresión es diferente en ambos sexos, y por ello las chicas no reconocieron realizar determinados comportamientos que implicaban contacto físico.

En concreto, se ha encontrado que en la agresión sexual los chicos se expresan mediante diversos comportamientos, mientras que las chicas los hacen fundamentalmente a través de comportamientos visuales-verbales, señalando que la severidad del acoso sexual entre iguales podría ser mayor en el sexo masculino.

En los modelos de agresión también se optó por los modelos de dos dimensiones, ya que aunque el ajuste de los datos fue correcto en el modelo de una dimensión, fueron algo mejores en el de dos factores. No obstante, esta decisión no fue fácil en el modelo de agresión masculina, ya que la elevada correlación entre los factores latentes (visual-verbal y físico), planteó dificultades en la elección del modelo. Finalmente, se optó también por el modelo bidimensional para la agresión masculina, ya que encontramos apoyo teórico que defendía la elección de un modelo de dos dimensiones como mejor opción frente al de una sola dimensión (Ortega et al., 2010; Wei y Chen, 2012; Witkowska y Kjellberg, 2005). Además, los índices de chi-cuadrado y los de bondad de ajuste, así como los de replicabilidad, también resultaron ligeramente mejores en el modelo de dos dimensiones.

Por todo ello, se puede concluir que el acoso sexual entre iguales parece distinguir claramente dos tipos de comporta-



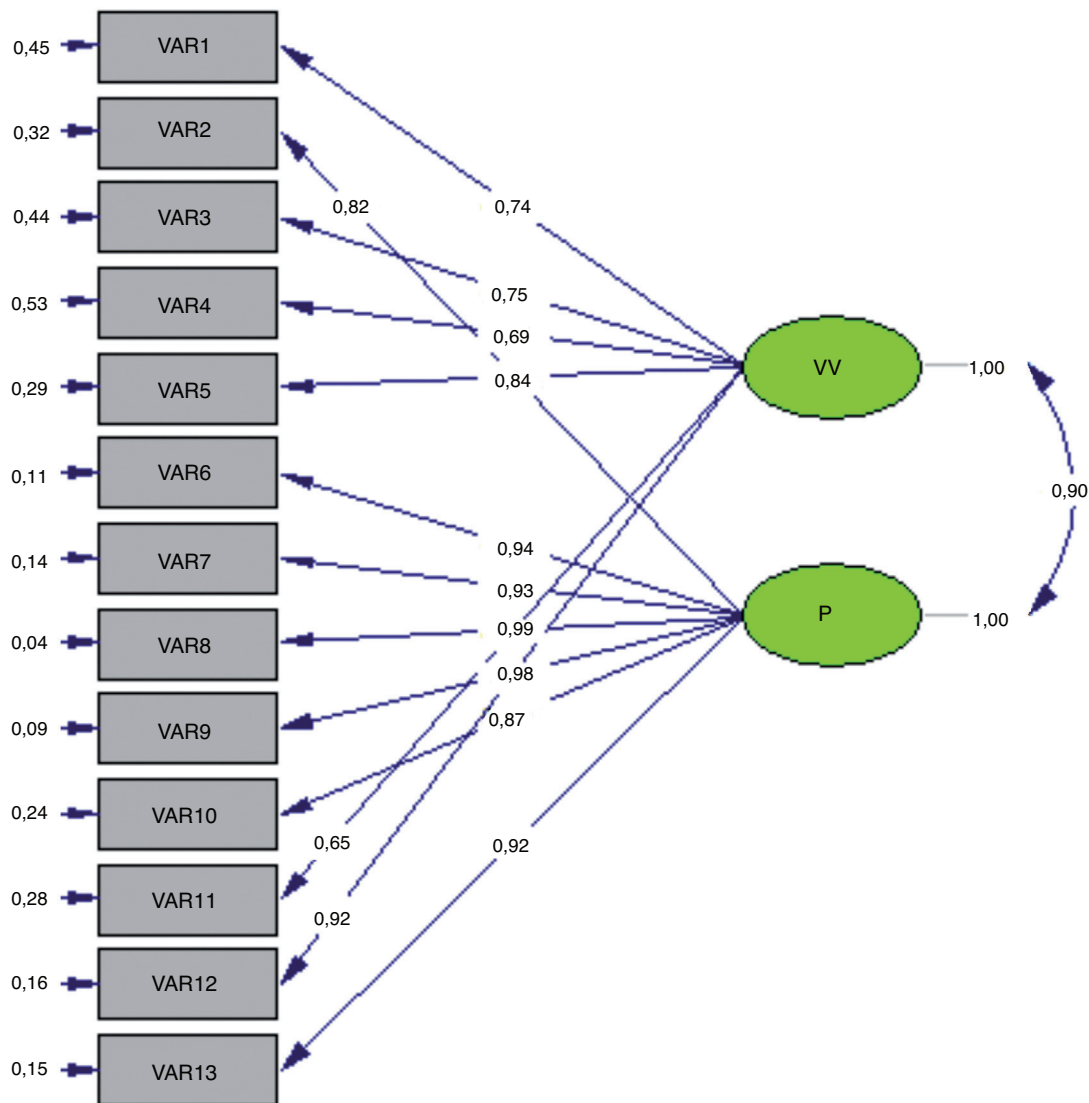


Figura 4 Modelo bidimensional de la agresión sexual masculina.

mientos, tanto en la victimización como en la agresión femenina y en la victimización masculina (comportamientos visuales-verbales y comportamientos con contacto físico), y algo menos contundente, pero aceptable, en la agresión masculina. De este modo, podría decirse que el presente trabajo ha contribuido al pequeño cuerpo de investigaciones que han estudiado las dimensiones del acoso sexual entre iguales.

El segundo objetivo de la investigación estaba dirigido al análisis de la prevalencia del acoso sexual entre iguales. En este sentido, los resultados apuntaron índices superiores de victimización que de agresión, así como una mayor participación de los chicos que de las chicas en ambos fenómenos (AAUW, 2001; Wei y Chen, 2012). La prevalencia de implicación en victimización visual-verbal encontró las tasas más elevadas en la muestra masculina. La victimización física fue menos acusada tanto en el sexo masculino como en el femenino, aunque los chicos fueron dos veces más victimizados físicamente que las chicas (33,8% chicos y 14,2% chi-

cas). Nuestros resultados confirmaron niveles de prevalencia en victimización visual-verbal similares a los estudios que apuntaron índices más elevados (AAUW, 2011; Mumford et al., 2013; Ortega et al., 2008), mientras que los resultados de la victimización física iban más en la línea de aquellos trabajos en los que los porcentajes resultaron ser menores (Bucchianeri et al., 2013; Ortega et al., 2010; Wei y Chen, 2012).

Los resultados de prevalencia de agresión apuntaron porcentajes más altos que los de la mayoría de estudios internacionales anteriores que utilizaron la *Sexual Harassment Survey* (Espelage et al., 2012; McMaster et al., 2002; Mumford et al., 2013), a excepción del estudio de la AAUW (1993) que indicó que más de la mitad de chicos y chicas agredían a sus pares (66% chicos y 52% chicas). De todas formas, la mayoría de autores no diferenciaron entre violencia de un tipo u otro, lo que nos plantea un problema en la comparación con otros. Lo que quedó patente en los resultados de este estudio, y en los que han diferenciado

agresiones más y menos severas, es que los adolescentes utilizan más las formas más leves de agresión, principalmente conductas verbales (Mumford et al., 2013; Ortega et al., 2010).

En línea con lo anterior, los resultados han mostrado que ambos sexos coincidieron en el comportamiento más frecuente y en el menos frecuente. El comportamiento que recibieron y utilizaron más chicos y chicas fue el de “miradas, comentarios, bromas o gestos guarros”. Este dato fue avalado por la mayoría de investigaciones tanto a nivel internacional (AAUW, 2001; Attar-Schwartz, 2013; Tillyer et al., 2010) como nacional (Ortega et al., 2010; Vicario-Molina et al., 2010). El comportamiento que menos dijeron experimentar y ejecutar los participantes del estudio fue el de “forzar a hacer algún acto más que besar”. En este caso, las investigaciones anteriores no son concluyentes respecto a este dato, ya que en general no suelen aportar datos sobre el comportamiento menos frecuente. Sin embargo, un dato defendido generalmente por los investigadores, es que los comportamientos menos frecuentes son los que implican contacto físico forzado (Espelage et al., 2012; McMaster et al., 2002; Ortega et al., 2010).

Posiblemente una de las fortalezas de nuestro trabajo recae en el enfoque bidimensional por el que se ha apostado para analizar y profundizar en el acoso sexual adolescente. Esta aproximación ha permitido desgranar de forma más precisa cómo funciona este tipo de relaciones sexuales violentas de naturaleza sexual en el transcurso de la adolescencia, para poder responder más adecuadamente a las necesidades que los chicos y chicas tienen. Concretamente, esta investigación ha servido para avanzar en el estudio del modelo de victimización masculina, así como en el de la victimización y agresión masculina, ya que se ha conseguido validar los modelos de agresión tanto en chicas como en chicos. Otra de las fortalezas del estudio es que ha sido uno de los primeros trabajos de prevalencia que se han realizado en España, lo que nos da una imagen más realista del acoso sexual entre los iguales.

En términos de limitaciones del estudio, se encontró una alta correlación entre factores en el modelo bidimensional de agresión masculina, que hace que los datos sean tomados con cautela, y que se aconseje la replicación del modelo en muestras de características similares a las del estudio. No obstante, los datos de replicabilidad resultaron ligeramente mejores en el modelo bidimensional, una de las razones que llevó a optar por ese modelo. El instrumento utilizado en este estudio también presentaba ciertas limitaciones, una de ellas sería inherente al uso de autoinformes, debido a la deseabilidad social que conlleva, y otra podría ser la falta de datos que apoyen la validez de criterio de este cuestionario. También la inclusión de medidas cualitativas en este conjunto de cuestionarios podría ayudar a evaluar otros aspectos que no se han podido medir, ejemplo de ello serían los focos de grupo y las entrevistas. Si bien, se ha contado con una extensa batería de instrumentos que permiten analizar diferentes aspectos relacionados con el fenómeno, la inclusión de instrumentos cualitativos en esta batería de cuestionarios podría ayudarnos a evaluar otros aspectos que no han podido ser evaluados.

Tras la realización de este estudio nos parece importante seguir profundizando en la evolución que el acoso sexual

tiene a lo largo de la adolescencia, e indagar en los efectos que el acoso sexual tiene en los chicos y chicas, así como las estrategias de afrontamiento que unos y otras utilizan cuando experimentan estas agresiones. Además, la comparación de este fenómeno con otros que se dan durante esta etapa del ciclo vital también nos parece que sería un tema interesante en el que indagar. Asimismo, sería oportuno evaluar que variables predican o predisponen a la implicación en este tipo de fenómenos.

## Financiación

Esta investigación fue financiada por el Ministerio de Educación español bajo el Programa Nacional de Investigación e Innovación (I+D 2008-2011) “*Violencia y Cortejo Juvenil: los riesgos del cortejo violento, la agresión sexual y el cyberbullying* (PSI 2010-17246) y bajo el Programa Nacional de Investigación e Innovación (I+D+i 2013-2016) “*Dat\_Adolescence*” (PSI2013-45118-R).

## Referencias

- American Association of University Women, AAUW (1993). *Hostile hallways: The AAUW survey on sexual harassment in America's schools*. Washington, DC: American Association of University Women.
- American Association of University Women, AAUW (2011). *Crossing the line: Sexual harassment at school*. Washington, DC: Catherine Hill and Holly Kearl.
- Attar-Schwartz, S. (2013). Runaway behavior among adolescents in residential care: The role of personal characteristics, victimization experiences while in care, social climate, and institutional factors. *Children and Youth Services Review*, 35, 258-267.
- Browne, M. W. (2000). Cross-validation methods. *Journal of Mathematical Psychology*, 44, 108-132.
- Bucchianeri, M. M., Eisenberg, M. E. y Neumark-Sztainer, D. (2013). Weightism, Racism, Classism, and Sexism: Shared Forms of Harassment in Adolescents. *Journal of Adolescent Health*, 53, 47-53.
- Byrne, B. M. (2013). *Structural equation modeling with LISREL, PRELIS, and SIMPLIS: Basic concepts, applications, and programming*. Londres: Psychology Press.
- Charmaraman, L., Jones, A. E., Stein, N. y Espelage, D. L. (2013). Is it bullying or sexual harassment? Knowledge, attitudes, and professional development experiences of middle school staff. *Journal of School Health*, 83, 438-444.
- Conroy, N. E. (2013). Rethinking adolescent peer sexual harassment: Contributions of feminist theory. *Journal of School Violence*, 12, 340-356.
- Cortés, L., Bringas, C., Rodríguez-Franco, L., Flores, M., Ramiro, T. y Rodríguez, F.J. (2014). Unperceived dating violence among Mexican students. *International Journal of Clinical and Health Psychology*, 14, 39-47.
- Espelage, D. L., Basile, K. C. y Hamburger, M. E. (2012). Bullying Perpetration and Subsequent Sexual Violence Perpetration Among Middle School Students. *Journal of Adolescent Health*, 50, 60-65.
- Fernández-Fuertes, A. A., Fuertes, A. y Pulido, R. F. (2006). Evaluación de la violencia en las relaciones de pareja de los adolescentes. Validación del conflict in adolescent dating relationships inventory (CADRI) - Spanish Version. *International Journal of Clinical and Health Psychology*, 6, 339-358.

- Fitzgerald, L. F., Gelfand, M. J. y Drasgow, F. (1995). Measuring sexual harassment: Theoretical and psychometric advances. *Basic and Applied Psychology*, 17, 425-445.
- Flora, D. B. y Curran, P. J. (2004). An Empirical Evaluation of Alternative Methods of Estimation for Confirmatory Factor Analysis With Ordinal Data. *Psychological Methods*, 9, 466-491.
- Hill, C. y Kearl, H. (2011). *Crossing the line. Sexual harassment at School*. Washington: DC: AAUW
- Holgado-Tello, F. P., Chacón-Moscoso, S., Barbero-García, I. y Vila-Abad, E. (2010). Polychoric versus Pearson correlations in exploratory and confirmatory factor analysis of ordinal variables. *Quality y Quantity*, 44, 153-166.
- Hu, L. y Bentler, P. M. (1999). Cutt off criteria for fit indexes in covariance structure analysis: Conventional criteria versus new alternatives. *Structural Equation Modeling*, 6, 1-55.
- Jöreskog, K. G. y Sorbom, D. (2012). Lisrel 9.1 *Student Edition for Windows (Computer software)*. Skokie, IL: Scientific Software International, Inc.
- Leaper, C., Brown, C. S., y Ayres, M. M. (2013). Adolescent girls' cognitive appraisals of coping responses to sexual harassment. *Psychology in the Schools*, 50, 969-986.
- Lichty, L. F. y Campbell, R. (2012). Targets and witnesses: Middle school students' sexual harassment experiences. *Journal of Early Adolescence*, 32, 414-430.
- McMaster, L. E., Connolly, J. A., Pepler, D. J. y Craig, W. M. (2002). Peer to peer sexual harassment in early adolescence. A developmental perspective. *Development and Psychopathology*, 14, 91-105.
- Menesini, E. y Nocentini, A. (2008). Dating aggression in adolescence. *Giornale Italiano di Psicologia*, 2, 405-430.
- Montero, I. y León, O. G. (2007). A guide for naming research studies in Psychology. *International Journal of Clinical and Health Psychology*, 7, 847-862.
- Morata-Ramírez, M. A. y Holgado-Tello, F. P. (2013). Construct Validity of Likert Scales through Confirmatory Factor Analysis: A Simulation Study Comparing Different Methods of Estimation Based on Pearson and Polychoric Correlations. *International Journal of Social Science Studies*, 1, 54-61.
- Moreno, R., Martínez, R. y Chacón, S. (2000). *Fundamentos metodológicos en psicología y ciencias afines*. Madrid: Pirámide
- Mumford, E. A., Okamoto, J., Taylor, B. G. y Stein, N. (2013). Middle School Sexual Harassment, Violence and Social Networks. *American Journal of Health Behavior*, 37, 769-779.
- Ormerod, A. J., Collinsworth, L. L. y Perry, L. A. (2008). Critical climate: Relations among sexual harassment, climate, and outcomes for high school girls and boys. *Psychology of Women Quarterly*, 32, 113-125.
- Ortega, R., Ortega-Rivera, J. y Sánchez, V. (2008). Violencia sexual entre compañeros y violencia en parejas adolescentes. *International Journal of Psychology and Psychological Therapy*, 8, 63-72.
- Ortega, R. y Sánchez, V. (2011). Juvenile dating and violence. En I. Coyne y C. Monks (Eds.), *Bullying in different contexts: commonalities, differences and the role of theory* (pp.113-135). Londres: Cambridge University Press.
- Ortega, R., Sánchez, V., Ortega-Rivera, J., Nocentini, A. y Menesini, E. (2010). Peer sexual harassment in adolescent girls: A cross-national study (Spain-Italy). *International Journal of Clinical and Health Psychology*, 10, 245-264.
- Pepler, D. J., Craig, W. M., Connolly, J. A., Yulie, A. y McMaster, L. (2006). A developmental perspective of bullying. *Aggressive Behavior*, 32, 376-384.
- Petersen, J. L. y Hyde, J. S. (2013). Peer Sexual Harassment and Disordered Eating in Early Adolescence. *Developmental Psychology*, 49, 184-195.
- Ramos-Álvarez, M. M., Moreno-Fernández, M. M., Valdés-Conroy, B. y Catena, A. (2008). Criteria of the peer review process for publication of experimental and quasi-experimental research in Psychology: A guide for creating research papers. *International Journal of Clinical and Health Psychology*, 8, 751-764.
- Rodríguez-Franco, L., Cepero, J. L., Díaz, F. J. R., Mollada, C. B., Estrada, C., Bellerín, M. Á. A. y Quevedo, R. (2012). Labeling dating abuse: Undetected abuse among Spanish adolescents and young adults. *International Journal of Clinical and Health Psychology*, 12, 55-67.
- Schnoll, J. S., Connolly, J., Josephson, W. J., Pepler, D. y Simkins-Strong, E. (2015). Same-And Cross-Gender Sexual Harassment Victimization in Middle School: A Developmental Contextual Perspective. *Journal of School Violence*, 14, 196-216.
- Shute, R., Owens, L. y Slee, P. (2008). Everyday victimization of adolescent girls by boys: Sexual harassment, bullying or aggression? *Sex Roles*, 58, 477-489.
- Sierra, J. C., Bermúdez, M. P., Buela-Casal, G., Salinas, J. M. y Monge, F. S. (2014). Factors Associated with the Intimate Partner Violence and their Complaint in a Sample of Women. *Universitas Psychologica*, 13, 37-46.
- Tillyer, M. S., Wilcox, P. y Gialopsos, B. M. (2010). Adolescent school-based sexual victimization: Exploring the role of opportunity in a gender-specific multilevel analysis. *Journal of Criminal Justice*, 38, 1071-1081.
- Ureña, J., Romera, E. M., Casas, J. A., Viejo, C. y Ortega-Ruiz, R. (2014). Original psychometrics properties of psychological dating violence questionnaire: A study with young couples. *International Journal of Clinical and Health Psychology*, 15, 52-60.
- Vicario-Molina, I., Fuertes, A. y Orgaz, B. (2010). Acoso sexual entre iguales: Incidencia y reacción emocional en una muestra de estudiantes de 4º de educación secundaria obligatoria. *Behavioral Psychology*, 18, 629-650.
- Wei, H. y Chen, J. (2012). Factors Associated with Peer Sexual Harassment Victimization Among Taiwanese Adolescents. *Sex Roles*, 66, 66-78.
- Witkowska, E. y Kjellberg, A. (2005). Dimensions of peer sexual harassment in Swedish high schools: What factor structure show the best fit to girls' and boys' self-reports? *Sex Roles*, 53, 677-687.
- Zych, I. y Quevedo-Blasco, R. (2011). A decade of the International Journal of Clinical and Health Psychology (2001-2011). *International Journal of Clinical and Health Psychology*, 11, 549-561.